

Carta de Inglaterra

Andábamos a vueltas con las listas de Bloom y sus perogrulladas sobre qué cosa fuera o dejara de ser el canon (consecuencias de escoger mal contrincante o ponerse a su nivel), y no comprendíamos que a nuestro alrededor la lucha era otra, o es que simplemente no había lucha. Entre el 2 de septiembre y el 11 de octubre del pasado año, los clientes de *Waterstone's*, afamada cadena inglesa de librerías, fueron invitados a enumerar sus libros favoritos para una encuesta titulada «Los libros del siglo», cuyos resultados se acaban de dar a conocer hace apenas unas semanas. La ausencia de adjetivos, claro está, no ha engañado a nadie; el tono pretendidamente neutral de la encuesta, tampoco: la lista resultante es, en efecto, la «lista de los mejores», de los más guapos, de los preferidos o adorados por su público. Y el público, cuando se manejan los millones de dólares que manejan los complejos editoriales, es el que cuenta. No hay baremo más fiel ni lista más igualitaria que la de ventas: aquí lucen todos, Papas, cocineros y niños pijos. Sólo que en este caso no se trata, en rigor, de medir ventas sino *afectos*, lo que eleva la lista al rango de intocable. Con el amor no se juega. Puede uno tirarse de los pelos o adoptar cara de póker, que no le irá mejor criticando razones que la razón no entiende.

Cierto es que la lista, pese a la consternación general, contiene pocas sorpresas. La encabeza, como libro del siglo, *El señor de los anillos*, del gran Tolkien, que logra situar *El Hobbit* (o «El Hobito», como se tradujo en una antigua e inefable edición argentina) en un brillante decimonoveno puesto. Le siguen, entre los diez primeros, *1984*, *Rebelión en la granja*, *Ulises*, *Catch-22*, *El guardián entre el centeno*, *Cien años de soledad* (!) y *Las uvas de la ira*. Un vistazo al resto de la lista proporciona algún dato significativo: entre los cien primeros, sólo se incluyen trece libros escritos por mujeres; Roald Dahl sale mencionado cuatro veces; y el primer libro de poemas (*La tierra baldía*, de Eliot, seguido muy de cerca por *Cuatro Cuartetos*) no aparece hasta el puesto 101.

Al cabo, si algo demuestra esta lista es el escaso peso que la literatura en lengua no inglesa tiene en este país. De los ciento cincuenta primeros, sólo quince títulos están firmados por autores extranjeros. Entre ellos,

tres franceses (Marcel Proust, Albert Camus y Simone de Beauvoir), dos italianos (Primo Levi y Umberto Eco), tres alemanes (Günter Grass, Patrick Susskind y Erich Marie Remarque), y ningún español, aunque el lugar de honor de García Márquez, con otra novela, *El amor en los tiempos del cólera*, en el puesto 43, pueda curar algún orgullo herido. ¿Qué se desprende de estos datos?: sencillamente, que el lector inglés no se acerca a una novela traducida ni por casualidad, a menos que se trate de un clásico (Kafka y Proust, sorprendentemente) o de un *best-seller de calidad*, normalmente sancionado por el cine. Aunque las razones de semejante endogamia literaria no estén muy claras, no extraña la resistencia de algunos editores a publicar novelas extranjeras. Peter Bush, prestigioso traductor de Onetti y Juan Goytisolo, comentaba hace poco que los volúmenes de contratación de libros extranjeros por parte de las editoriales inglesas se hallaban muy por debajo de la media europea. En ocasiones, uno quisiera envidiar tal actitud: por algo tienen el mercado editorial más antiguo y saneado del mundo, y una confianza en las producciones propias que sólo recientemente hemos empezado a conocer. Pero para un lector español acostumbrado a hojear las últimas novedades internacionales (¿anglosajonas?) en su librería de provincias, estos vacíos tardan en aceptarse. Vienen asociados a los desplantes de un Philip Larkin, por ejemplo, quien se jactaba de no haber leído una sola línea de poesía extranjera en su vida: la estupidez, como se ve, no hace distinciones. Fuera de estas consideraciones más o menos ociosas, cabe pensar en la importancia o el valor que poseen dichas listas. Es de suponer que a alguno le interesarán como termómetros del gusto establecido, aunque el asunto se complica si pensamos que el gusto es, en cierta medida, una imposición del mercado: se lee lo que está de moda, lo que se exhibe en los escaparates y los carteles de publicidad; se lee lo que se está vendiendo, lo que otros han leído antes porque vendía. La lectura ha dejado de ser una inversión (de tiempo, de energía) para convertirse en un valor seguro: quien da su tiempo, que es como dar dinero, exige una satisfacción precisa, inmediata, que prohíbe dudas y malabarismos. El credo del lector medio se resume en ese lema de filiación *marine* que desde hace algún tiempo nos asola desde pegatinas, chapas y camisetas: *No nonsense*, «déjate de tonterías». Así de simple.

Y, sin embargo, la lista es un recordatorio de que nuestros libros favoritos son aquellos que nos formaron de jóvenes: a qué, si no, la preeminencia de *El guardián entre el centeno*, *En el camino*, *Trainspotting* y demás, aparte, claro está, de la topoderosa trilogía de la Tierra Media. Gimferrer ha comentado a menudo que uno vuelve siempre a los mismos libros, los que devoró en la adolescencia con la impaciencia y el asombro del recién llegado. Yo añadiría que no hay lecturas más inocentes ni indiscriminadas: aquí no cuentan modas, ni opiniones ajenas, ni la voz

del gurú de turno. Y es posible que nuestro afán primero como lectores adultos sea volver a sentir una inocencia parecida, aquella emoción casi furtiva con que tomábamos unas páginas y nos olvidábamos del tiempo, quizá porque el tiempo empezaba ya a no olvidarnos.

En lo que respecta a esta lista, mi único motivo de desconcierto se refiere a la sección de poesía. Entre los ocho primeros, aparecen cuatro libros de Eliot, uno de Yeats, otro de Hugh MacDiarmid, el *Ariel* de Sylvia Plath y *Aullido* de Allen Ginsberg. A excepción de las divagaciones pseudobárdicas de este último, nadie puede afirmar que estamos hablando, en ningún caso, de una poesía de fácil comprensión: dos *modernists*, un postsimbolista con inclinaciones metafísicas, y una inclasificable de verbo expresionista. Es más, dato curioso en un país tan dado a mirarse el ombligo, ninguno es inglés. ¿Dónde están los Auden y Spender, los Larkin y Amis? ¿Dónde está Robert Graves, o incluso Ted Hughes? Tampoco el irlandés Seamus Heaney aparece en la lista, pese a haber obtenido el premio Nobel y suceder a Stephen Spender en el puesto de venerable y encanecido *man of letters*. El puesto de honor de T.S. Eliot, con un poema que acaso ahora tendría serios problemas para encontrar editor, se explica con dificultad: ¿equivale su dicción a lo que la gran mayoría entiende por poesía?; ¿hay, en efecto, un consenso sobre sus cualidades literarias? No lo creo. Más probable resulta, como apunta la polémica y siempre entretenida Germaine Greer, que muchos mencionen el poema sin haberlo leído, creyendo cumplir de este modo una obligación cultural o, en caso extremo, indicando bien a las claras su pertenencia a una determinada élite social. Este fenómeno, tan habitual en otras latitudes (¿quién confiesa aquí no haber leído a Mallarmé o a Lezama Lima, tantas veces citados en vano?), cobra especial relevancia en un país tan testarudamente clasista como Inglaterra.

Que Auden o Larkin no aparezcan en la lista no deja de ser irónico, sobre todo si se considera su obsesión por llegar al gran público, a ese *nine-to-five man* en que cifraban el ideal lector de su tiempo (y del nuestro). Es posible que la hora de Larkin no haya llegado aún. Pero el ninguno de que es objeto Auden tiene, por así decirlo, dos disfraces complementarios: por un lado, el desprecio más o menos simulado de los académicos; por otro, la indiferencia de un público cuyo ideal poético se cifra aún hoy en el énfasis de Dylan Thomas o en los versos más amables de Wordsworth, aparte una cala en el *If* de un Kipling menos insignificante de lo que esos versos dan a entender. Auden es todavía un poeta de *gourmets*: su gran ingenio (no siempre feliz, todo hay que decirlo) y la finura de su argumentación, de la que tanto aprendió Gil de Biedma, lo convierten en un escritor paradójicamente difícil; la ironía, al fin y al cabo, no tiene tantos practicantes. Quienes en nuestro país afirman escribir para la «gente común» (?) recorriendo los vericuetos de la

meditación y el didacticismo harían bien en recordar que el señuelo del ritmo y la imagen irrealista lucen más ante el posible lector: hay poemas espléndidos de Gil de Biedma cuya sutileza y agilidad argumentativa asustan a una audiencia entrenada en Neruda o Salinas, por poner ejemplos diversos; seguir el ritmo de la meditación en versos medidos exige una cierta sofisticación lectora que no todo el mundo puede acreditar.

En cualquier caso, no creo que Auden se extrañara de la preeminencia de Eliot, ni que la resintiera: le admiraba y debía demasiado. Fue Eliot quien decidió la incorporación de Auden al plantel de Faber & Faber y quien inspiró algunos de los primeros libros del inglés, en especial *The Orators*, confuso cóctel de materialismo marxista, ideas freudianas y tics vanguardistas. Tampoco creo que se hubiera sorprendido demasiado de los resultados de la encuesta, y hasta es posible que se hubiera llevado una alegría: era bien conocida su afición por *El señor de los anillos*, que elogió repetidamente, quizás porque veía reflejada en Tolkien su propia adolescencia; al fin y al cabo, se habían educado en las mismas escuelas, compartían un mismo juego de referencias y una curiosa ambivalencia con respecto a los usos del *stablishment*. No es improbable, asimismo, que Auden percibiera en los libros de Tolkien parecido afán romántico o sentimental al que latía, oculto y asordinado, en sus propios poemas.

De Auden, precisamente, se publican en el *Times Literary Supplement* (24 de enero) cuatro poemas de juventud exhumados hace escasas fechas. Son, como puede imaginarse, textos de gran inmadurez, pero que revelan un desacostumbrado dominio formal y una consideración platónica de la experiencia amorosa que no cambiaría sustancialmente a lo largo de su vida. Los cuatro poemas fueron escritos entre 1923 y 1924 en el internado de Gresham, cuando el poeta contaba dieciséis años de edad, y al menos dos de ellos, los más explícitos en su declaración de amor, van dirigidos a Christopher Hale, compañero de promoción con quien le unía una amistad que en Auden se trocó rápidamente en enamoramiento. Sus títulos, «Revelation» y «Transfiguration» sorprenden en principio por desacostumbrados, ya que la temática o las referencias religiosas (que los poemas desarrollan con impudor adolescente) no abundan en su obra de madurez. Y sorprenden, también, por su conocido rechazo de una obra como la de San Juan de la Cruz, que Auden juzgó tangencial a la tradición inglesa y ajena a sus propios intereses. Es un juicio que, en mi opinión, no escapa a un puritanismo incómodo y algo cerril: Auden estaba fascinado por las funciones corporales en tanto que procesos puramente mecánicos. El cuerpo, al menos en los inicios de su obra, aparece desprovisto de todo componente sensual. Aunque fascinado a un tiempo por Marx y por Freud, su actitud recuerda extrañamente la del Marqués de Sade: su obsesión por el cuerpo no tiene raíces escatológicas sino lógicas, y viene asociada a su interés por máquinas y herra-

mientas. Sus deseos son construcciones de la razón; su sexualidad es mecánica y se agota en sí misma.

Sin embargo, uno sospecha que en su rechazo entran razones de tipo personal no menos importantes. No hay que olvidar que la poesía de San Juan de la Cruz fue objeto de una espléndida traducción del poeta de origen sudafricano, Roy Campbell, cuyas ideas abiertamente fascistas lo enfrentaron con el grupo de poetas radicados en Oxford en torno a Auden: Stephen Spender, Cecil Day-Lewis (padre, por cierto, del oscarizado actor Daniel Day-Lewis) y Louis MacNeice. Todos ellos, a los que habría que añadir los novelistas Christopher Isherwood y Edward Upward, tuvieron en uno u otro momento simpatías comunistas que Campbell atacó con saña, llegando a subsumir sus nombres en un despectivo «MacSpaunday» que no acabó de hacer fortuna. Campbell, poeta de lenguaje brutal pero hábil versificador, que tradujo asimismo *La vida es sueño* de Calderón, es uno de esos escritores marginales cuyas vidas se deslizan constantemente hacia el terreno de la ficción y el claroscuro: en contra de una leyenda que él mismo contribuyó a forjar, jamás combatió en el bando de Franco, pero su envidia del grupo de Oxford y su rencor expreso hacia la sociedad literaria inglesa lo condenaron a un pie de página en los manuales de historia literaria. Hoy en día, su nombre permanece en tanto que traductor de San Juan de la Cruz y Calderón, asociación se diría no del todo provechosa para estos últimos. Garcilasis-ta *avant la lettre*, Campbell perfiló para sus contemporáneos una España que no se diferenciaba mucho de la que por aquellos tiempos quería imponerse desde las páginas de *Escorial*. Y es que si de listas y otras lindezas hablábamos, no deja de ser un comentario apto al talante de nuestra inmediata posguerra que el nombre de Campbell haya quedado totalmente olvidado; en España ya le estaríamos dando el Cervantes.

Jordi Doce



Juan Soriano: *Soldado y muchacha*, s.f.